

JUVENTUD RURAL Y SUBJETIVIDAD: LA VIDA ENTRE EL MONTE Y LA CIUDAD

María Luz Roa. 1ª edición: abril 2017 –GEU © 2017 by Grupo Editor Universitario CLACSO - CABA
<https://libreria.clacso.org/publicacion.php?p=2255&c=45>

Tradicionalmente los jóvenes rurales no han sido objeto de análisis relevante dentro del campo disciplinar de las Ciencias Sociales. En efecto, los estudios de los trabajos agrarios clásicos preveían que la modernización del agro destinaría a la mayoría de los jóvenes a la migración y en consecuencia al crecimiento de los centros urbanos; no obstante, en esta obra se advierte el interés por este universo etario. En él se aborda el análisis de los jóvenes cosecheros de yerba mate de la provincia de Misiones (Región Noreste Argentino) y aporta nuevos indicios teórico-empíricos a la problemática de los jóvenes rurales.

La obra se inicia con una introducción donde se presenta la terminología del tema a desarrollar, es decir, la juventud rural vinculada con los cosecheros de yerba mate en la provincia de Misiones y la subjetividad. Así también, que la producción de yerba mate de Argentina se localiza espacialmente en la provincia de Misiones y en el nordeste de Corrientes, a la cosecha se la denomina *tarefa* y, las personas que atienden esta labor, son identificados como *tareferos*. Continúa exponiendo una breve reseña histórica de la dinámica productiva y sus actores. Expresa que, en principio, esta tarea no sólo la realizaban los hombres de las familias, sino que también mujeres, niños y jóvenes. Sin embargo, con el tiempo, esta práctica fue sufriendo modificaciones, siendo las más relevantes las generadas en la década de 1990, en el marco del ajuste estructural neoliberal y la desregulación. En consecuencia, emerge la crisis del sector yerbatero y se acrecentó el proceso de emigración de asalariados con residencia rural y también los

productores minifundistas que trabajaban en la cosecha.

Las familias que emigraron, se asentaron en las periferias de la ciudad conformando villas miserias. En la actualidad estas zonas están en proceso de urbanización o algunas de las familias, relocalizándose hacia la ciudad.

Estos migrantes dependen de la tarea o de labores ocasionales en la ciudad. La relocalización de la población, los cambios culturales que se dieron, y las políticas públicas, llevaron a que el mundo de los tareferos se transformara, razón por la cual, los jóvenes de la franja etaria que va entre los 12 a los 25 años constituyen la primera generación que se socializó en tales cambios, por lo que sus trayectorias y prácticas son sumamente diferentes a la de las generaciones anteriores, de esta manera en la actualidad no todos los hijos de tareferos llegan a ser tareferos.

En este plano, y como bien lo menciona el título, la autora plantea el concepto de subjetividad, entendiendo por este al conjunto de modos de pensar, sentir y hacer, los sentimientos, significados y sentidos que el sujeto tiene incorporados constitutivamente; como también lo que cada sujeto hace, siente, encarna y construye a partir de dicha constitución.

Partiendo de esto, estudia las subjetividades tareferas, es decir la manera en la que piensa, siente y hace el sujeto tarefero, ya que ellos consideran que *tarefear* no es lo mismo que *ser tarefero*, esto hace referencia a que un joven puede provenir de familia tarefera, asistir a la escuela con otros hijos de tareferos, ir a las mismas salidas que el resto de los jóvenes del barrio, practicar la tarea, pero no necesariamente “*ser tarefero*”.

Finalizada la introducción, se desarrollan tres capítulos, en el primero de ellos, “*Caminos hacia la cosecha en la provincia de misiones*”, valiéndose de entrevistas en la que los jóvenes cuentan su experiencia, la autora intenta indagar sobre el rol que cumple la tarea en la vida de estas personas. Ellos sostienen que viven de la cosecha, el yerbal, y la cuadrilla, que el fútbol y la joda del fin de semana se convirtieron en su mundo; sus tiempos comenzaron a estar marcados por la intensa actividad de los días de cosecha y la inactividad de los días de lluvia. Su vida, sus preocupaciones, su futuro se regían por la cantidad de *raídos* (bolsones de yerba mate) que sacaba en el día, los que secarían al día siguiente, el clima de los próximos días, el yerbal de las próximas semanas, etc. El dinero que cobran por este trabajo y el subsidio de la interzafra solo cubren gastos personales y de su familia, en caso de tenerla a cargo o como integrante.

Siguiendo la misma línea de análisis, la autora se pregunta: ¿por qué el niño o el adolescente no estaba en la escuela?, ¿que lo llevó o como llega a ser *tarefero*?. En sus análisis menciona que los trabajadores fueron cambiando de residencia, en principio cuando vivían en las colonias rurales existía una continuidad entre el mundo del trabajo y el familiar, que hacía que los niños socialicen en el ámbito laboral desde edades tempranas ya que los padres llevaban a sus hijos como “ayuda” para la cosecha del té, y de esta manera poder incrementar la cantidad cosechada. Por otro lado, lo que ella llama la generación de los padres, trabajar en familia, en donde muestra que los jóvenes colaboraban en actividades reproductivas, ya sean tareas domésticas o de cuidado de la producción. Los aportes de las hermanas mayores en las tareas de reproducción y cuidado familiar resultaban fundamentales para el sostenimiento de la unidad doméstica. A fines de la década de 1990, con la extensión de la modalidad de campamento, la familia completa migraba durante la quincena y colaboraban a la madre en las tareas de reproducción. Este es uno de los motivos por los cuales hubo una temprana inserción de niños y jóvenes en el mercado laboral. Sin embargo, también es preciso mencionar que, los padres no tenían un trabajo registrado, que la vida útil de un cosechero era hasta los 40/45 años y los reiterados casos de mortalidad masculina entre los 45-55 años, por lo cual los aportes de los jóvenes en las estrategias de reproducción resultaban fundamentales para el sostenimiento de la familia. Y por último, en cuanto a la educación, hay un déficit escolar en el medio rural que llevaba a que la idea de completar los estudios escolares para un hijo de cosechero sea un sueño difícil de alcanzar, dada la lejanía de las escuelas con respecto a las viviendas, las carencias de las escuelas en cuanto a la oferta del ciclo del EGB en el medio rural, y las reiteradas ausencias de los niños y jóvenes, entre otros.

En el segundo apartado del capítulo uno, “*Ahora, los niños y pibes deben estar en la escuela*”, menciona que luego del cambio de residencia hacia las ciudades, esto se modificó rotundamente, separándose el mundo familiar, laboral y escolar. Estaba al alcance de los niños y jóvenes acceder a las escuelas por su cercanía, por otro lado, en el marco de las transformaciones propias del modelo kirschnerista, se implementaron numerosas políticas sociales que transformaron las estrategias de subsistencia. La que tuvo mayor relevancia para los tareferos fue la Asignación Universal por Hijo, la cual consiste en el pago de un salario mensual por cada hijo menor a 18 años, este sería el único ingreso que se mantiene durante la totalidad del año para las familias, a diferencia del obtenido en el resto de las ocupaciones estacionales ya sea tarea u otras changas rurales y/o urbanas. Así, la Asignación Universal por Hijo (AUH) trajo aparejada una disminución del trabajo femenino e infantil en la tarea.

Esta situación en los últimos años conllevó a un rápido proceso de masculinización de la tarea y de disminución del trabajo infantil, así como una iniciación en la cosecha en edades posteriores a los 15, 16 años.

La autora sostiene que estas transformaciones se corresponden con la hegemonía de una cultura urbana en la que se prioriza la erradicación del trabajo infantil y juvenil, valorando la formación en las escuelas y los aspectos lúdicos del período de la niñez, principios opuestos a los de la cultura agrícola anteriormente mencionada. Hoy el trabajo infantil es considerado un delito, a diferencia de 15 años atrás, cuando en los ámbitos rurales el trabajo infantil era considerado una manera de transmisión de saberes de generación en generación.

De esta manera ven al estudio como modo de ascenso social, ya que sólo a través del estudio los jóvenes podrían salir del destino de la pobreza que sufrieron sus padres, íntimamente vinculada al trabajo en la tarea, un trabajo precario destinado para quienes no tienen estudios. Así, se valoran las mayores oportunidades para completar los niveles de escolarización, sosteniendo que en la actualidad “no estudian los que no quieren estudiar”.

El siguiente apartado, “entre la escuela y el trabajo”, diferencia los distintos tipos de trayectorias escolares laborales que tuvieron los jóvenes, una de ellas es el de familias biparentales con jefaturas masculinas, donde varones de entre 12 a 15 años acompañan a sus padres a los yerbales durante los recesos escolares de invierno y verano. Los mismos administran el dinero obtenido de la ayuda en la tarea para las compras de materiales escolares o ropa con la cual pudieran asistir en la escuela. En cambio, las mujeres asumen responsabilidades familiares a partir de los 9/10 años, tales como el cuidado de los hermanos menores y tareas domésticas, las cuales hacia los 13 o 14 años pueden ser retribuidas monetariamente. Un segundo tipo trayectoria, es el de familias monoparentales con jefatura femenina, o en caso de que se accidentara el padre en familias biparentales, aquí resulta recurrente que los hermanos mayores mujeres y varones dejen la escuela para acompañar a sus madres a la tarea durante toda la zafra, incrementando el ingreso por jornal y, el último tipo en los casos de familias yuxtapuestas, las mismas cuentan con varios núcleos familiares en un mismo hogar.

Estas prácticas de los jóvenes se encuentran divididas entre la ciudad y el campo, lo que la autora llama “multiterritorialidades rural – urbanas”. La escuela, la vivienda y la changa en la ciudad y el trabajo en el campo generan continuos movimientos entre uno y otro espacio. El barrio se constituye en uno de los ámbitos de pertenencia principales de los jóvenes, un espacio en donde “los sujetos se hallan” (se sienten cómodos, están a gusto): las escuelas, iglesias, clubes de fútbol y espacios de reunión de los

piques durante las semanas se sitúan en el barrio (la canchita de fútbol, el kiosco de la esquina, etc.). De todas maneras, la expectativa de ascenso social está directamente vinculada con la salida del barrio, y la búsqueda de un mejor futuro en las grandes ciudades. El campo está constantemente presente en la cotidianeidad, no sólo por su cercanía a los barrios, sino porque resulta un ámbito laboral en donde se está desde la más temprana infancia junto con la familia y con el correr de los años allí se aprende a tarefear.

En el capítulo número dos, titulado “*Vivir en la injuria*”, la autora en cuatro apartados (una estigmatización corporal, tarefero yaré, barrios malditos, una estigmatización conjugada) plantea que este trabajo rural, si bien es propio de la región, está totalmente denigrado, la tarefa es considerada como la ocupación más baja y el yerbal como el ámbito más indigno donde se pueda trabajar. La tarefa y el yerbal se encuentran así permeados por la injuria desde el comienzo de la experiencia. El horizonte de sentido sobre el que están arrojados los jóvenes que llegan a ser tareferos desde su más temprana infancia es la injuria. Esta se posa en sus cuerpos y espacios, los marca, señala, identifica desde los ojos de un otro que los aborrece. A través de la injuria la persona se distingue negativamente del resto de los miembros de su sociedad, siendo amenazada por el descrédito, el aislamiento social y el desprecio. La injuria se posa sobre las formas locales de ser y hacer tareferas, y en la cadena de significantes negros, negrada, tarefero yaré, es decir tarefero sucio.

En la región la tarefa es considerada como la peor ocupación que se pueda tener, como una “actividad de negros” cercana a la esclavitud, una tarea que hacen los brutos y sucios, los más ignorantes y por ende quienes menos ganan. Cuando se les pregunta a los cosecheros “¿qué es ser tarefero?”, su respuesta inmediata suele ser siempre la misma: “el que más sufre”. En este sentido existe una identificación directa entre el hacer tarefero, el estar en el yerbal y el sufrimiento. El calor sofocante de las jornadas de sol a sol; “la mojadura” del cuerpo en constante contacto con la planta; las tormentas e inundaciones en el campamento; las situaciones de abuso laboral y robos al regresar al hogar; las enfermedades o accidentes recurrentes; los momentos de extrema necesidad económica en los que se pierde lo poco que se tiene; la carencia de abrigo, refugio, comida, El hambre, estas son las situaciones por las que pasa el tarefero.

Para cerrar, en el capítulo número tres, “*La experiencia en el yerbal: alquimias corporales*”, compuesto de tres apartados (Jugando entre ponchadas, la inmersión en el yerbal, una educación sensorial cuerpo y alma tareferos, ser tarefero), la autora desentraña una ontología del ser tarefero a partir del análisis de la experiencia subjetiva de los jóvenes en el

yerbal. Sostiene, a modo de hipótesis, que la subjetividad tarefera se constituye a través de procesos de socialización en el yerbal, que delinean una manera de ser y estar en el mundo marcada por una estética de la experiencia tarefera y que se define durante la juventud. Quien es considerado y se considera a sí mismo tarefero es el que porta el conocimiento práctico del saber hacer tarefero, el cual como observa ella, es posible si el sujeto penetró desde pequeño o joven de manera reiterada en el yerbal, adquiriendo una corporalidad y emocionalidad inmersas que le permiten desarrollar una práctica que combina fuerza, delicadeza y rapidez en el corte de la planta y que se despliega corporalmente de manera refleja. Es así que al interior de las cuadrillas se diferencia a quien *tarefea* de manera ocasional de aquel que “*es tarefero*”

El recorrido por el contenido de este libro da cuenta de un aporte relevante en términos de ruralidad regional. La mayor contribución radica en que acerca al lector el mundo de la cosecha atravesado por las subjetividades de sus actores. Al mismo tiempo, se da a conocer la realidad por la que vivieron y viven los tareferos, conociendo en profundidad como sienten, sufren, como son tratados por sus empleadores y su aporte hacia la sociedad, como también la mirada de ésta hacia ellos.

Por otro lado, emerge la vinculación que tuvieron los jóvenes con la ciudad, con la forma de vida urbana y cómo ésta, de alguna manera, les ofrece la posibilidad de un ascenso social frente a un ámbito rural que se encuentra carente de ofertas escolares o de otro tipo de formación.

Los resultados de la investigación plasmada en esta obra resultan valiosos para el campo de los estudios agrarios y rurales regionales del cuerpo de las Ciencias Sociales. La organización y exposición clara de los resultados permiten al lector mantenerse atento a los resultados logrados; además, la puesta en escena del relato, como técnica cualitativa, coloca al objeto de estudio en un papel relevante dentro del escenario productivo analizado. En tal sentido, la obra es recomendable tanto en términos teórico como metodológicos y permite entrar al mundo del actor social con una clara mirada sociológica.

Estela Natalia Luján Alarcón

Grupo de Estudios Rurales de Tucumán (GERTuc)

lujialarcon@gmail.com